

mos cita con el Notario hoy á las doce.

—Pero, ¿vendréis á comer?

—Sí, Juana querida.

Y Felipe se dirigió hacia la avenida, volviéndose á cada paso para sonreír á su prometida.

XIII.

Mientras que la Marquesa, bajo el pretexto que había alegado, se dirigía á la villa de A.... para poner ella misma su telegrama, Felipe, retirado á las habitaciones que habían preparado en Boisvilliers para pasar algunos días con su mujer después de efectuado su matrimonio, daba algunas últimas disposiciones. Decidido á no defenderse en su inevitable encuentro con el señor de Talyas, había de-

jado su suerte entregada á la casualidad. No hablaremos de lo que sufrió; pero cualquiera que hubiesen sido sus faltas, las expió en aquellos últimos días.

Hacia las cinco de la tarde, la marquesa de Talyas estaba ya de vuelta en La Roche-Ermel. Y como al bajar del coche en el patio viese á Juana que la saludaba por una de las abiertas ventanas del salón, se dirigió á ella.

—Á mi vez (la dijo), quiero llevaros á dar un paseo.... ¿Queréis?

Juana la miró algo sorprendida, notando, al través de su forzada sonrisa, la extraordinaria agitación de su rostro, y vacilando un momento, exclamó por fin:

—¡Vamos, señora!

Había en los alrededores más in-

mediatos al castillo un paseo situado en uno de los lados del estanque, por el que la Marquesa había mostrado desde el primer día una predilección particular. Estaba éste hecho en lo alto de una colina, donde habían formado una especie de parque inglés, surcado por todas partes de frescos arroyuelos, pero cuyo carácter general era más bien severo y hasta salvaje. Habían puesto de relieve con gran arte las bellezas y las irregularidades de la naturaleza. Los tortuosos senderos se deslizaban por entre las malezas, costeano las viejas encinas aisladas; enormes rocas tapizadas de espeso musgo y grandes grupos de oscuros espinos formaban uno de los lados del estanque, ocultándole en parte, de que ya hemos hablado en horas más felices. Esta sombría ribera for-

maba encima del ancho y profundo estanque, que dominaba, un espeso soto húmedo y tenebroso, cuyo aspecto romántico y casi teatral contrastaba mucho con la agreste monotonía de la campiña normanda.

Allí era donde se dirigía la marquesa de Talyas, en compañía de la señorita de La Roche-Ermel. Su paso, generalmente tan ligero y gracioso, demostraba por su pesadez y brusquedad una extremada tensión nerviosa. De cuando en cuando se volvía para dirigir á Juana algunas palabras indiferentes, extrañándose la joven del ronco acento de su voz, de la extraviada expresión de sus ojos, y, sobre todo, del convulsivo movimiento que hacía temblar sin cesar sus párpados y cejas.

Bajo la impresión aún de aquellas palabras tranquilizadoras y de la dul-

ce mentira con que Felipe había creído deber calmar sus inquietudes, Juana atribuía con razón aquellos síntomas de sufrimiento á las angustias de un doloroso sacrificio, y sentía una tierna compasión por aquella desgraciada mujer.

Nosotros, mejor instruidos que ella, podemos adivinar con el lector la verdadera causa de las agitaciones de la Marquesa. Su primer impulso de cólera estaba satisfecho, y el despacho enviado....; pero ahora retrocedía ante el espectro que había evocado y ante el espantoso desenlace que su propia mano acababa de preparar. Había resuelto hacer un último esfuerzo para alejar aquel cáliz de muerte que helaba ya sus labios, y meditaba apelar directamente á la sensibilidad de Juana. Si conseguía conmoverla ó atemo-

rizarla, nada estaba aún perdido, pues ya encontraría medio de explicar á su marido la causa de su telegrama.

Habían llegado á la orilla del pequeño lago. La orilla en que se encontraban era adonde los habitantes del castillo tenían costumbre de ir cuando querían atravesar el estanque para respirar el fresco ó distraerse un rato.

Habían para esto formado entre las rocas una escalera de siete ú ocho pedaños, al fin de la cual estaba amarrada una barca blanca, que llamaban *la barca de la señorita*. La opuesta orilla era un paseo público.

La Marquesa, que desde hacía un momento contemplaba con aire pensativo la tranquila superficie del estanque, tocó el brazo de Juana, y la dijo:

—Señorita, tengo muchas cosas que

deciros.... ¿Queréis que demos un paseo por el agua, y hablaremos?

Juana contestó que sí con un signo de cabeza; y la Marquesa, bajando con precaución las escurridizas gradas de la escalera, entró en la barca. Juana la siguió, y cogió los remos.

—¿Dónde queréis que vayamos?— dijo.

—Donde estemos más seguras de no ser oídas (dijo la Marquesa). Allí....

Y al mismo tiempo indicaba con la mano una de las extremidades del estanque, á la cual una muralla de rocas muy elevadas, coronadas de espesas masas de verdura, prestaba un aspecto de profunda soledad.

La barca, diestramente gobernada, cruzó el estanque en línea oblicua, y, deslizándose dulcemente bajo los sauces, se detuvo contra las rocas. Juana

dejó los remos en el bote, miró fijamente á la Marquesa, y esperó.

La señora de Talyas dejó caer una de sus blancas manos en el agua, moviéndola algunos instantes sin hablar. Después dijo bruscamente:

—Señorita de la Roche-Ermel, no os quiero; pero creo que tenéis un alma noble y generosa.... ¿Cómo, pues, podéis casaros con un hombre que sabéis es mi amante?

—Señora (dijo Juana): ¿por qué habéis buscado una entrevista tan penosa...., una entrevista en que mis palabras más inocentes os han de parecer una ofensa?.... Pues bien: sí; ya sé que habéis sido tiernamente amada por el hombre con quien debo casarme....; que tal vez lo sois aún....; que lo seréis siempre en su recuerdo, y este pensamiento será el martirio de toda

mi vida.... Pero, ¿qué podríais esperar ya de este amor?.... Ya no os daría, señora, permitidme que os lo diga, más que terribles disgustos; pues los sentimientos del deber y del honor, largo tiempo combatidos por una pasión...., muy disculpable cuando se os ve...., han llegado por fin á ser los más fuertes en el alma de Felipe.... Ellos le han hecho volver á su padre, á su familia y á la prometida de su infancia.... ¿Y queréis arrebatárnosle?.... En el estado en que está su alma, ¿qué haríais de él?.... ¿Qué intimidad, qué dicha serían ahora posibles entre ambos?.... ¿Habéis pensado en esto, señora?

—Señorita (respondió la Marquesa): vuestros argumentos son excelentes, y yo estaría muy dispuesta á someterme á ellos si amase de una mane-

ra tan tranquila como parecéis amar vos... ; pero cuando yo amo, cuando yo me entrego, no conozco ya ni razón, ni deber, ni honor : no conozco más que mi pasión...., y la sigo hasta el fin, hasta la vergüenza...., ¡ hasta la muerte, si es preciso!.... ¡ Este es mi crimen, pero es también mi disculpa!.... Y vos, ¿ qué disculpa tenéis?... Tranquilidad completa, fríos razonamientos.... Ponéis la mano sobre un corazón que me pertenece, que he pagado con todo lo que una mujer tiene de más sagrado...., y me lo arrancáis sin remordimientos, me quitáis toda esperanza, ¡ me matáis sin piedad!.... ¡ He aquí la conducta que os inspira vuestra religión!.... Pues bien: ¡ tanto peor para ella y para vos!

— ¡ Ah, señora, perdonad!.... He tratado de aparecer tranquila, y eso

es lo que causa vuestra indignación....; pero yo también me precio de saber amar....; yo también tengo mi pasión, y estoy dispuesta á seguirla...., ¡ no hasta la vergüenza, no!....; ¡ pero sí hasta la muerte!.... Amo, desde que existo, al esposo que pretendéis arrebatarme; le amaba mucho antes de que vos le encontraseis en la vida.... ¡ Me había desgarrado el corazón antes de impresionar el vuestro, y yo seguía amándole!.... ¡ Me había hecho verter más lágrimas que vos verteréis en toda la vida, y yo le amaba siempre!.... Me ha abandonado, matando todas mis ilusiones, y no he tenido para él más que sentimientos de tierna afección, deseos de felicidad, ruegos y lágrimas de ternura.... Esta es mi manera de amar.... ¡ Creo que vale tanto como la vuestra!

—¡Entonces queréis guerra.... (dijo la Marquesa), guerra sin piedad!

—¡Oh, no!.... No, señora (exclamó Juana, inclinándose hacia ella y tomando sus manos). ¡Os pido la paz.... la paz entre nosotros y con nosotros! ¡Os lo suplico de rodillas!.... Esa felicidad que se os escapa y que no podréis ya nunca...., lo sabéis como yo...., recobrar en un amor perdido, buscarla en sentimientos más puros...., más altos...., no en el arrepentimiento...., yo no me permito juzgaros, pero sí en la tranquilidad de vuestra conciencia...., en la energía de un sacrificio dignamente cumplido, en el pensamiento generoso de haber hecho el bien cuando podíais hacer el mal, de haber respetado el reposo de una familia honrada á quien podíais haber sumergido en el duelo y en la desespe-

ración!.... ¡Oh, hacedlo, señora, y os amaré tanto!.... ¡Os bendeciré á todas horas, os adoraré!....

La joven se había expresado con una efusión tan ardiente y tan conmovedora, que la Marquesa quedó sorprendida y confusa. De pronto rechazó las manos de Juana, y dijo:

—Sí....; ahora os hago justicia: creo que sabéis amar, señorita...., y Felipe es más dichoso aún de lo que yo pensaba.... Sólo que...., escuchad bien esto, ¡no será jamás vuestro marido!

—¡Señora!....

—¡Ni una palabra más!.... ¡Todo es inútil!.... Mi resolución está tomada; y puesto que vuestro prometido no os la ha comunicado, según veo, voy á decíroslo. Vais á renunciar á ese matrimonio hoy mismo; os dejo la elección

del pretexto. De lo contrario...., mi marido, á quien acabo de poner un telegrama, estará aquí mañana por la noche, y le entregaré las cartas de Felipe.... ¡Lo que suceda de mí, poco importa!.... Pero ya os podéis figurar lo que sucederá entre ellos.... ¡Ahora hablad!

—¡Señora (dijo Juana, levantando fieramente su frente pálida), eso es horrible!....

La Marquesa la dirigió una mirada de odio mortal, y la dijo fríamente, después de una corta pausa:

—Señorita, me parece que ya es tiempo de que volvamos.

Juana, sin responder, dejó caer los remos en el agua. Atravesaron el estanque en silencio, y llegaron adonde estaba la escalera formada entre las rocas.

La señorita de La Roche-Ermel se levantó de su banco, y pareció esperar á que la Marquesa pasara delante de ella y desembarcase la primera.

—¡Ah, Dios mío! (dijo la Marquesa de Talyas, que se había levantado también y jugaba con un remo); pasad.... ¡No estamos ahora para hacernos cumplimientos!

Juana, al oír este descortés apóstrofe, sintió el asombro mezclado de desprecio que sentiría un hombre de corazón al que su adversario dirigiera insultos sobre el terreno, dejando ver esta impresión en el desdeñoso pliegue que se formó en sus labios. La Marquesa sorprendió aquel gesto, y el torrente de odio y de cólera encerrado en su alma se desbordó.... Había jugado su amor, su honor y su vida....; ¡y lo había perdido todo!.... ¡Sintió el

vértigo de la desesperación y la tentación del crimen!...

En aquel mismo momento Juana, de pie en la barca, hacía intención de posar un pie en el primer peldaño de la escalera; entonces la Marquesa, tendiendo el remo que tenía en la mano, le apoyó contra las rocas, imprimiendo á la barca un violento movimiento de retroceso. Juana quedó como suspendida; sintió la inminencia del peligro, y echó el cuerpo hacia adelante con un movimiento tan desesperado, que su pie alcanzó el primer peldaño, pero se escurrió en la piedra húmeda; entonces la joven vaciló, y se agarró á las ligeras ramas que salían entre las rocas, encontrando en este frágil apoyo la fuerza suficiente para no caer hacia atrás; pero cayó sobre la escalera, dando con la

frente en el ángulo de un peldaño. Por un esfuerzo supremo, se levantó en seguida, y subió aturdidamente la escalera; después, volviéndose con la frente sangrando hacia la Marquesa, que estaba inmóvil en la barca, la dijo con voz entrecortada:

—¡Oh, señora!...

Y la pobre joven, después de haber buscado en vano algo donde apoyarse, cayó pesadamente al suelo.

La señora de Talyas había vuelto á acercarse á la orilla con precipitación nerviosa, y subió á escape la escalera, encontrándose delante de Juana, que había perdido el conocimiento; su rostro descolorido estaba vuelto hacia el cielo, y algunas gotas de sangre se escapaban de su frente herida, resbalando por sus pálidas mejillas.

La Marquesa, con los ojos extraviados

dos, los cabellos sueltos y las ventanas de la nariz desmesuradamente abiertas, bella aún, pero con una belleza infernal, se encorvó sobre Juana y la miró; después miró al abismo abierto á dos pasos de aquel cuerpo inerte.... En aquel instante oyó ruido de ramas que crujían á su espalda; la Marquesa se volvió.... Era Felipe.

Á esta brusca aparición, la señora de Talyas tuvo un minuto de completo desvarío: adelantó las manos como para rechazar á Felipe y ocultarle el cuerpo inanimado de Juana. El joven clavó sus ojos en ella con una fijeza terrible; no dijo ni una sola palabra, y la separó violentamente; luego se puso de rodillas, cogió la mano de Juana, la tomó el pulso, y respiró con fuerza, como si se viese libre de una mortal angustia.

—Juana...., mi bien amado.... (dijo, aproximando su rostro al de la joven): ¡Juana, habládme por Dios!.... ¡Os lo ruego!

Felipe vió que sus pálidos labios se coloraban dulcemente y que sus ojos se entreabrían.

—¡Juana, soy yo!—la dijo.

La joven le miró con una vaga sorpresa al principio; luego le reconoció, y sonrió.

—¿Qué tenéis, ángel mío?... ¿Estáis herida?

—No...., no es nada.... (murmuró con voz débil como un suspiro): un arañazo en la frente...., nada más.... Ahora voy á levantarme, y nos iremos.

—No, esperad un poco...., esperad.... Decidme antes todo lo que ha sucedido.

Y sus ojos se fijaron á su pesar en la Marquesa.

—¿Qué ha pasado?

Los ojos de Juana habían seguido la misma dirección que los del joven, y se detuvieron con insistencia sobre la Marquesa, que en pie, inmóvil, muda y cubierta de espantosa palidez, arreglaba maquinalmente sus desordenados cabellos.

—He estado torpe al desembarcar (dijo Juana, después de una pausa), y resbalé en la escalera, hiriéndome en la frente.

Después se dirigió á la señora de Talyas, y añadió sonriendo:

—Perdonad, señora, el susto que os he dado..., y tened la bondad de darme la mano para ayudarme á levantar.

Estas palabras inesperadas y generosas provocaron en la Marquesa uno de esos movimientos repentinos, uno de esos arranques violentos en que la

pasión queda vencida. De las mujeres como ella hay que temerle y esperarlo todo: después de un minuto de confusión, se aproximó á Juana, y la sostuvo con los más tiernos cuidados, mientras se levantaba trabajosamente. Cuando ya la vió en pie, la cogió las manos, y la miró fijamente á los ojos; después la atrajo sobre su seno y la estrechó largamente, besándola con exaltación apasionada.

Luego se volvió hacia Felipe, que la miraba estupefacto.

—¡Ha mentido! (dijo.) ¡He querido matarla!

Y al mismo tiempo se sentó medio desfallecida en uno de los fragmentos de roca que estaban sembrados entre las malezas, y empezó á sollozar....

.....

.....

Cuando volvieron al castillo, entregaron á la señora de Talyas un telegrama que había llegado para élla: era la respuesta de su marido, que la prometía estar en La Roche-Ermel al día siguiente por la noche. La Marquesa guardó para sí el verdadero contenido de este despacho; pero afectó mostrarse muy afligida, y dijo que su marido la llamaba inmediatamente á París, al lado de su hijo enfermo, y que debía partir aquella misma noche.

Juana, ligeramente indispuesta á causa de su accidente, había tenido que guardar cama. Antes de irse á la estación, la Marquesa rogó que la dejasen un instante sola con ella. Cuando estuvo en la alcoba, se sentó al lado del lecho y retuvo largo tiempo, sin hablar, la mano de Juana entre las

suyas. Después se levantó por un movimiento súbito.

—Voy á haceros mi regalo de boda, querida mía,—dijo.

Y abriendo un estuche de viaje que había dejado sobre la mesa al entrar, sacó un paquete de cartas, que la mostró sonriendo tristemente.

Las noches estaban ya frescas, y en la chimenea de la alcoba de Juana ardía un gran fuego.

La Marquesa fué arrojando en él las cartas una por una.

Luego volvió al lado del lecho, é inclinándose sobre Juana, besó con ternura la herida de su frente.

—¡Adiós!—dijo.

Y partió.

FIN.

